

CAPÍTULO V

LA MUERTE Y LA GLORIA

En los primeros días de Mayo, creyóse que Francisco estaba á punto de morir. Se le llevó de la catedral una insigne reliquia de San Maurelio, primer obispo de Ferrara, y todos los asistentes invocaron al santo con gran devoción. A la mañana siguiente, los médicos encontraron aliviado al enfermo, y muy prontos á la esperanza, creyeron en una próxima curación.

En Roma, se contaba con ella; querían, por lo menos, forjarse esta ilusión. Francisco vivió todo el verano, pero en Septiembre se comprendió que no pasaría el otoño, que caería con las hojas. De aquí que sólo aspirase á una cosa: á morir en Loreto ó en Roma. Creyendo, pues, inevitable su muerte, quiso salir el 3 de Septiembre. Esta resolución, que denotaba singular energía, asombró al duque de Ferrara. Los médicos no se opusieron á ella. ¿Para qué? Ninguna esperanza les quedaba. Se detuvieron ocho ó diez días en Loreto y en Macerata; después continuóse el doloroso viaje.

A pesar de los sufrimientos que le causaba el menor movimiento, el moribundo ordenó á los que le llevaban que apresuraran el paso; pero como, á pesar de todo su ánimo, no pudiera impedir algún gemido, ordenó que nadie

se acercara á la litera. Su hermano Tomás había vuelto de Roma para encontrarle en Loreto, y siguió con angustia, aquella agonía, cuyo término temía ver á cada momento. A pocas jornadas de Roma, empeoró Francisco. Por fin, el 28 de Septiembre, junto á la puerta del Pueblo, hizo detener su litera, y juntando las manos, dió gracias á Dios por haber podido acabar de obedecer. Estuvo una media hora en oración. El P. Jerónimo Nadal, que se había juntado á él, le hizo conducir á la casa profesa. Francisco descendió de su litera, recibió la obediencia de numerosos religiosos congregados para esperarle, y fué llevado á su celda, que cardenales y prelados invadieron al instante. El moribundo estaba sumamente satisfecho; aquella vida, tantas veces ofrecida, quedaba inmolada al servicio de la Iglesia y libre del cardenalato que Gregorio XIII, según se decía, estaba resuelto á imponerle.

Pidiósele que nombrara un vicario. «Me basta—respondió sonriendo—con poder rendir cuentas de mí á Nuestro Señor.» Recibió el santo viático, pidió perdón de sus culpas y rehusó las visitas que turbaban su recogimiento. Así vivió dos días, conservando todo su conocimiento y su paz acostumbrada. A su hermano Tomás, al implorar su bendición, le dijo: «Padre mío é hijo mío, os recomiendo que seáis un buen ministro de la iglesia que un día os será confiada,» profetizando de este modo el futuro episcopado del joven clérigo. Tomás le pidió también que bendijera á los miembros de su familia. «Nombrádmelos todos—dijo Fran-

cisco,—para que yo los encomiende á Dios.» Y uno por uno, bendijo á sus hijos y á sus hermanos. Recomendó á Tomás un pobre borriquero que le había acompañado en 1550, desde Gandía á Roma. Tomás lloraba. «No lloréis—dijo Franciseo.—Espero firmemente; no tengo motivo alguno para entristecerme.» Ofreciéronle un poco de caldo. «¡Pero si pronto habré acabado!»—exclamó.—Y como se insistiese, alegando un mandato, Francisco bebió el caldo.

Deseoso de poseer un recuerdo de su hermano, ordenó Tomás á un pintor que, sin dejarse ver en la habitación, bosquejara los rasgos del moribundo, Francisco no hablaba ya, pero sospechó la maniobra; apretó la mano de su hermano, y volvió la cabeza demostrando disgusto. Alejóse un momento al pintor, que volvió pronto y terminó su obra.

El 30 de Septiembre, un poco después de media noche, moría Francisco de Borja, sin haber experimentado la menor angustia ni la menor turbación, con la serenidad confiada del hombre que ha cumplido siempre con su deber.

*
* *

El rasgo característico de los hombres superiores consiste en imprimir á los acontecimientos una marcha nueva y poderosa. Si Francisco de Borja no hubiera abandonado el mundo, es casi seguro que hubiera modificado la historia de su época. Quizás hubiera desempeña-

do cerca de Felipe II el cargo que recayó en el príncipe de Eboli. Tal vez hubiera sido, en lugar del duque de Alba, el encargado del gobierno de los Países Bajos. Y entonces, ¡qué dirección tan diferente hubiera impreso á los asuntos tratados por él! Dios le empleó en una obra más elevada. La Compañía de Jesús no tenía aún sino una notoriedad restringida y un crédito discutido. Como toda obra recién fundada, debía vencer temibles hostilidades, extenderse, organizarse y afirmarse con la práctica de sus constituciones y de sus reglas. Láynez había arrojado en concilios y en coloquios torrentes de luz que refluieron sobre ella. Sin embargo, la dejaba instruída apenas en sus constituciones, rechazada por Francia, combatida en España, insuficientemente provista de medios de formación. Le hacía falta un protector, cuyo solo nombre la acreditase, cuya indiscutible santidad le sirviese de modelo y apología, cuya dulce energía asegurase el imperio de la regla, cuya iniciativa osada y prudente desarrollase sus obras. Francisco de Borja fué este protector providencial. Después de San Ignacio, no hay nadie á quien deba tanto la Compañía. En la Iglesia católica, fué Borja uno de los ejemplos más notables de la renovación de las almas después del Renacimiento, ejemplo tanto más sorprendente cuanto su nombre recuerda las vergüenzas más grandes de la edad precedente.

*
* *

En 1607, habían muerto ya todos los hijos de Francisco de Borja; su último nieto Carlos, reinaba en Gandía desde 1595; uno de sus nietos, el duque de Lerma, gobernaba á España en nombre de Felipe III. En 1607 ocurrió que la marquesa de Cea, nuera del duque de Lerma, fué milagrosamente salvada por la intercesión de su santo bisabuelo. Partiendo de tan alto, el rumor del prodigio resonó en toda España, y, gracias á él, extendióse la devoción al taumaturgo. El duque de Lerma emprendió los trabajos para obtener la canonización de su abuelo y conducir sus restos á Madrid.

A petición suya, abriéronse en seguida los procesos de los Ordinarios en Madrid, Zaragoza, Barcelona, Valencia y Gandía (1608-1611). El 3 de Abril de 1617, el obispo de Drago llevaba á Madrid las cartas aprobando los primeros trabajos y ordenando la apertura de los procesos apostólicos. Las cartas fueron presentadas á Felipe III y solemnemente llevadas al cardenal de Toledo. A este acto, que tanto honraba á su casa, dió el duque de Lerma inusitado esplendor. Diez grandes de España, treinta títulos de Castilla, cien caballeros de Santiago escoltaban al comisario apostólico, y el duque de Lerma á caballo, rodeado de su corte, cerraba la comitiva.

El proceso terminó al año. Puede decirse que toda la sociedad española, grandes, obispos y sacerdotes, religiosos, burgueses y gente

de la clase media, afirmaron la santidad de Francisco de Borja y pidieron su glorificación. Esta fué deseada con más ardor cuando sus restos llegaron á Madrid, en el otoño de 1607, y depositados en la iglesia que el duque de Lerma había hecho construir para recibirlos.

Francisco de Borja conocía el valor de las pruebas. Pareció que compensaba á su nieto el duque de Lerma permitiendo su desgracia. El 3 de Mayo de 1618, Felipe III significaba su despedida á su ministro y le desterraba á sus tierras. La pérdida del duque de Lerma había sido maquinada por su propio hijo, el duque de Uceda, y por su ingrato protegido, el conde de Olivares. La caída hubiera sido más profunda, si Lerma, previendo su desgracia, no hubiera hecho inviolable su persona, solicitando y obteniendo, poco antes, de Paulo V la dignidad cardenalicia.

Prodújose al instante el vacío en torno del cardenal-duque, que no pensó ya más que en su alma, en los pobres y en obtener la canonización de su abuelo.

El 31 de Agosto de 1624, la Congregación de Ritos declaró que se podía proceder *tanto á la beatificación como á la canonización* de Francisco de Borja, y que entre tanto podía llamársele Bienaventurado. El duque de Lerma y la grandeza española rebotaban de júbilo. Uno de los suyos llegaba á la cima de los honores, y su altivez lo mismo que su fe veíase satisfecha. La reina de España ofreció, para contener los restos del Bienaventurado, la caja de plata que todavía los abriga, y los Borja

se pusieron de acuerdo para solemnizar triunfalmente la beatificación de su glorioso antepasado.

El cardenal duque de Lerma murió el 15 de Mayo de 1625, y vió desde el cielo las fiestas que Madrid celebró, desde el 30 de Septiembre al 8 de Octubre siguiente. Tuvieron éstas el esplendor, el lujo, el aparato que la España de Felipe IV daba á sus ceremonias. En la procesión que condujo por las calles la caja del Bienaventurado, figuraban doscientos cincuenta religiosos, cuatrocientos sacerdotes, trescientos caballeros de Santiago, el Consejo de las Ordenes, y, llevando los cordones de la caja, cuarenta y siete descendientes directos de Francisco de Borja. A las procesiones y á los panegíricos, añadiéronse representaciones dramáticas, fuegos artificiales y concursos literarios. Luis de Gonzaga fué uno de los laureados en el concurso.

El decreto de 1624 autorizaba al mismo tiempo la beatificación y canonización de Francisco de Borja. Pero habiendo ordenado Urbano VIII en 1631 que no se canonizara á un Bienaventurado sino después de nuevos procesos, la causa de Francisco fué suspendida. Reanudóse el 26 de Febrero de 1647. En 1665, Alejandro VII aprobó los nuevos procesos instruídos en Valencia y en Toledo. A los seis milagros necesarios para la beatificación, agregáronse dos más, escogidos entre treinta prodigios de valor muy diverso. El 10 de Septiembre de 1668, declaró Clemente IX cerrado el proceso. El 21 de Junio de

1670, Clemente X firmó la bula de canonización, y el 12 de Abril de 1671, Roma vió colocar en sus altares á San Francisco de Borja, San Cayetano, San Felipe Beniti, San Luis Bertrán y á Santa Rosa de Lima.

Cuando llegó á Madrid, el 3 de Mayo de 1671, la noticia de la canonización del Santo, en todas partes se echaron á vuelo las campanas, y al punto empezaron á pensar en fiestas, cuyo esplendor eclipsaría á las de 1625.

El 19 de Julio de 1671 salía una cabalgata del colegio imperial. Componíase de cien niños de once á catorce años, todos gentileshombres, montados y adornados con lujo sorprendente. Eran estos los heraldos encargados de publicar por las calles de Madrid la apertura de un concurso literario en honor de San Francisco.

El 25 de Julio, comenzó la octava de fiestas. Las casas aparecían cubiertas de hermosas colgaduras; los conventos principales habían levantado especies de estaciones, de una opulencia inconcebible en nuestros días. A la vista de tales esplendores, exclamó el embajador de Inglaterra: «¿Tan grande fué el duque de Gandía que en su honor se arroja á la calle lo suficiente para pagar un reino?»

La iglesia del Colegio Imperial se hallaba adornada con un decorado churigueresco, que había costado cuarenta mil ducados. En las procesiones figuraban estatuas vestidas, algunas de las cuales llevaban por valor de sesenta mil ducados en pedrería. De los muros de la casa profesa colgaban brocados de oro,

y el pavimento de la iglesia hallábase cubierta con tapices de Oriente... Paréceme que el buen Santo se affigió desde el cielo de homenajes tan dispendiosos. Reinaba el último monarca de la dinastía austriaca; Carlos II tenía diez años, los que le rodeaban confundían la plétora con la salud, la exageración con la belleza. Los jueces del concurso literario hicieron por lo menos una buena elección: el primer laureado fué el gran Calderón.

El 1.º de Abril de 1767, Carlos III desterraba de sus reinos á los Jesuitas, por uno de aquellos actos de absolutismo que humillan á los que querían creer en el progreso constante de las ideas morales. Dos años después, la iglesia de Francisco de Borja y las reliquias que encerraba, fueron regaladas á los oratorios. Llegó la invasión francesa. El 18 de Agosto de 1809, José Bonaparte robaba las alhajas de iglesias y palacios. ¡Vuelta de nuevo á los tiempos bárbaros! Para salvar la caja de San Francisco, el guardia encargado de custodiarla, tuvo la feliz idea de pintarla de estuco de color de bronce; la caja así salvada, pasó de una capilla á otra, hasta el 30 de Julio de 1901. En esta fecha, fué transportado el cuerpo santo á la iglesia en donde hoy día se le honra.

La buena época de su culto fué, evidentemente, la del reinado de los últimos soberanos de la casa de Austria. Participaba de la sangre de éstos por parte de madre. Fué el amigo de Carlos V, y, á pesar de todo, el servidor fiel de Felipe II. La grandeza más ilustre

de España se enorgullecía de descender de él, al menos por alianza. San Francisco es todavía uno de los patronos más venerados de Madrid. Y si no conoce ya los triunfantes homenajes que le otorgaron las cortes de Felipe IV y Carlos II, su vida admirable obtiene, en el mundo entero, de todos cuantos le conocen, un culto de imitación no menos digno de aprecio.

¡Que este libro aumente su fervor!

FIN